

seguir tales pensamientos para agradecer a Dios y asegurar la propia santificación. Con todo, la consolación es sólo un momento de respiro, un día de fiesta o de descanso, que Dios concede en medio del trabajo y de la lucha espiritual.

*La importancia de este tiempo de consolación es grande: • ante todo, porque ofrece el momento de **hacer provisión de fuerzas**, gracias, buenas acciones y oraciones, en orden a la desolación que vendrá después; • luego, porque en esos tiempos de consolación se aprende a **reconocer «la voz» peculiar de Dios**, para distinguirla luego de la voz del demonio, cuando intente imitarla; reconocerla por la luz que la acompaña, el ánimo que deja, el sacrificio y la generosidad que insinúa, la misericordia con que nos trata; • finalmente, porque en esos momentos nos muestra el Señor que tiene mejores bienes para darnos que el mundo, bienes que de veras contentan y sacian al alma, y que son sólo un preludio y anticipo de lo que nos tiene reservado por toda la eternidad.*

2º La **desolación espiritual** la describe San Ignacio como sigue: «Llamo desolación todo lo contrario de la tercera regla; así como oscuridad del alma, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a desconfianza, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor. Porque así como la consolación es contraria a la desolación, de la misma manera los pensamientos que salen de la consolación son contrarios a los pensamientos que salen de la desolación». Los pensamientos que entonces nos asaltan, y que nosotros nos echamos en cara como si vinieran de nosotros, no son otra cosa que las influencias del demonio sobre nosotros; pues la desolación es el momento en que nos habla preferentemente el mal ángel. «Su voz» consiste en sus mociones e insinuaciones, tan contrarias a las de Dios: tristeza, tibieza, desgana, desconfianza, inquietud, tentaciones mucho más frecuentes, sentimiento del abandono de Dios y de la inutilidad de los propios esfuerzos, desaliento, deseos malos y bajos.

*Ha llegado para el alma el momento del combate, y de sobreponerse a todo ese cúmulo de pensamientos que se insinúan entonces, aunque no logre ahuyentarlos. San Ignacio, para este tiempo de desolación, dicta las siguientes pautas: • ante todo, **la paciencia**, que es la actitud propia del que está en desolación: perseverar en el bien a pesar de la dificultad que entonces se sienta en obrar bien, y esperar el momento en que Dios vendrá a librarnos con su consolación; • luego, **en tiempo de desolación no hacer mudanza**, esto es, no cambiar nada de lo que se había determinado hacer antes (propósitos, prácticas espirituales), ni tomar entonces ninguna decisión importante (pues las cosas importantes se deciden siempre en momentos de serenidad), ya que el demonio nos azuza entonces, con inquietud, a tomar decisiones apresuradas y equivocadas; • finalmente, aprender en esos momentos a **reconocer «la voz» del demonio**, por el estado de oscuridad y angustia que deja en el alma, y huir de lo que diga, como huye el pajarito ante la presencia de cualquier otro animal, o como la oveja desconfía y se aparta del extraño en quien no reconoce la voz de su pastor.*

Reglas de San Ignacio sobre el discernimiento de espíritus

En una Hojita de Fe anterior (nº 212) hablamos en general del discernimiento de espíritus. Ahora, en tres nuevas Hojitas de Fe, queremos detallar las indicaciones dadas entonces. Empezaremos en esta analizando las **Reglas de discernimiento de espíritus** de la *primera semana*, en que se describen las mociones interiores que se dan al comienzo de la vida espiritual.

1º Razón de las reglas de discernimiento de espíritus.

Ante todo, si hay reglas de discernimiento de espíritus, es porque no estamos solos en este viaje a la eternidad. Nuestra alma se halla continuamente **influenciada por otros espíritus**, los ángeles, de naturaleza superior a la nuestra, a quienes les atañe gobernarnos y guiarnos hacia nuestro fin, de igual modo que a nuestra alma le toca gobernar y guiar hacia su fin a nuestro cuerpo, que le es inferior.

Esto no supondría ningún problema, si fueran buenos todos los espíritus bajo cuya influencia estamos. Pero la doctrina católica enseña que el mundo angélico se dividió en dos: la «luz», o ángeles buenos, y las «tinieblas», o demonios, que por soberbia se rebelaron contra Dios. Por eso, en orden a nuestra salvación, nos importa mucho poder determinar cuándo estas influencias vienen de los ángeles buenos, nuestros compañeros y aliados, a fin de seguirlos, y cuándo vienen de los demonios, nuestros adversarios y enemigos jurados, para apartarnos de ellas. A eso apuntan las reglas de discernimiento de espíritus.

Resulta un tanto curioso hablar de **reglas de discernimiento de espíritus**; pues pareciera que el ángel, inmaterial como es, puede obrar sobre nosotros como mejor se le antoje, sin límites y, por lo tanto, sin reglas fijas y determinadas que nos permitieran a nosotros protegernos de su influencia. Mas no es así: aunque el poder angélico sea muy grande, nuestra naturaleza es muy limitada, y sólo ofrece al espíritu puro ciertas entradas.

¿Qué entradas? Nuestro temperamento, y nuestros defectos y concupiscencias. Si el demonio quiere combatirnos, o el buen ángel ayudarnos, han de amoldarse a nuestra psicología, a nuestra condición. Y como nuestra condición es siempre la misma, será siempre una misma la manera de influenciarnos; lo cual nos permite detectar las maneras habituales con que los espíritus aprovechan nuestra flaqueza, para bien o para mal, y por lo tanto fijar reglas.

2º La afinidad y contrariedad entre espíritus.

Los espíritus buenos nos influyen de parte de Dios, siempre para llevarnos a Dios y a nuestra santificación y salvación; y los malos, de parte de Lucifer, siempre para apartarnos de Dios y llevarnos al pecado, aunque aparenten venir con buenas intenciones y nos presenten bienes materiales. Ambos espíritus, para obrar sobre nosotros, tienen en cuenta el estado de nuestra alma; de modo que uno será su modo de actuar si estamos en gracia, y otro si estamos en pecado mortal. De donde se deduce una primera ley de discernimiento de espíritus: la de la **simpatía o antipatía entre espíritus**.

Si alguien quiere entrar en una casa, puede hacerlo de dos modos: o con suavidad y sigilo, si la casa es suya y tiene la llave; o con violencia y estrépito, si la casa no es suya y no tiene la llave, por donde debe forzarla, dando la alarma. La casa es nuestra alma; tendrá la llave el espíritu que tenga una condición afín a la nuestra (simpatía), por lo que entrará sigilosamente y casi sin ser advertido; mas no la tendrá el espíritu de una condición contraria a la nuestra (antipatía), y deberá entrar con ruido y estrépito, haciéndonos violencia.

1º Si la casa, esto es, mi alma, **vive habitualmente en pecado mortal**, el espíritu que entrará en mi alma como en su casa será el malo. Por lo tanto, las influencias e insinuaciones del mal espíritu entrarán en el alma en pecado mortal con suavidad y falsa paz. Es lo que dice San Ignacio en su primera regla de discernimiento de espíritus: *«En las personas que van de pecado mortal en pecado mortal, acostumbra comúnmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales, para más conservarlos y aumentarlos en sus vicios y pecados»*. Al contrario, en esas mismas almas, las insinuaciones del buen ángel, que les es contrario, entrarán con violencia y brío: *«En las cuales personas el buen espíritu usa del modo contrario, punzándoles y remordiéndoles las conciencias por el sindéresis de la razón»*.

El demonio procura dormir al alma en pecado, tranquilizándola con mil pensamientos engañosos, a fin de que no cambie de vida y se mantenga en el pecado: - «Dios es bueno, y todo lo perdona»; - «eres joven, Dios sabe que necesitas divertirte»; - «el domingo ya te confesarás de esto»; - «la vida es corta, ¿qué mal hay en disfrutarla?», etc. Todos hemos sentido esos razonamientos que justifican y aun alaban nuestros pecados y mal proceder, o les restan gravedad, o les conceden impunidad, para que perseveremos en ellos.

El ángel de la guarda, en cambio, se ve obligado a abrirse paso haciendo uso de la fuerza, y su actuación será a los gritos y empellones, valiéndose de los reproches de la conciencia, del temor de los castigos de Dios, para sacudir al alma de su letargo en el pecado, y llevarla a arrepentirse y a cambiar de vida: - «Desgraciado, si murieras ahora, ¿dónde iría tu alma?»; - «¿de qué te sirven estas ganancias, estos placeres, esta fama, si con ello pierdes tu alma?»

2º Si en cambio la casa, que es mi propia alma, **vive habitualmente en gracia de Dios**, la forma de proceder de ambos espíritus será diametralmente opuesta: ahí será el buen ángel el que logrará entrar sigilosa e inadvertidamente, con sua-

vidad y sin violencia, por ser afín al alma justa y tener la llave; mientras que el demonio, encontrándose en casa ajena, se verá obligado a forcejear para volver a entrar. San Ignacio así lo enuncia: *«En las personas que van intensamente purgando sus pecados, y subiendo de bien en mejor en el servicio de Dios nuestro Señor, sucede lo contrario que en la primera regla; porque entonces propio es del mal espíritu morder, entristecer y poner impedimentos, inquietando con falsas razones, para que el alma no pase adelante; mientras que será propio del bueno dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando y quitando todos los impedimentos, para que proceda adelante en el bien obrar»*.

El modo violento del demonio en las almas que viven en gracia son todos los pensamientos e insinuaciones que el alma percibe con angustia, inquietud o amargura; mientras que el modo suave del buen ángel está en la luz que deja en el alma, en los ánimos y alientos que infunde interiormente, en la paz interior con que la aquieta, en el fervor y generosidad con que la reviste.

3º La consolación y desolación espiritual.

Gracias a este doble elemento: el conocimiento de nuestra alma (si vive habitualmente en gracia de Dios o en pecado mortal), y los modos como cada ángel entra en un alma, amoldándose a ella, la experiencia permite reconocer *«la voz»* de cada uno de ellos, su timbre peculiar, y distinguirla de las demás voces que intentan parecerse. Esa *«voz»* interior de los espíritus, sus mociones e influencias, provocan, cuando se dejan sentir con más vehemencia o mayor frecuencia, momentos particulares, que San Ignacio llama **tiempos de consolación y desolación espiritual**.

Así como en nuestra vida sufrimos la alternancia de día y noche, de verano e invierno, de bonanza y tempestad, así sucede también en el alma, que no está nunca estable en una misma disposición interior. En nuestra vida espiritual, más allá de los tiempos serenos (en que no discernimos influencia especial de ningún ángel), hay alternancia de consolación espiritual (que es como el día y la luz) y de desolación espiritual (que es como la noche y la oscuridad).

1º San Ignacio expone así la **consolación espiritual**: *«Llamo consolación cuando en el alma se causa alguna moción interior, con la cual viene el alma a inflamarse en amor de su Criador y Señor, y por consiguiente cuando ninguna cosa criada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino sólo en el Creador de todas ellas. Asimismo cuando lanza lágrimas motivadas a amor de su Señor, ya por el dolor de sus pecados, o de la pasión de Cristo nuestro Señor, o de otras cosas derechamente ordenadas en su servicio y alabanza; finalmente, llamo consolación todo aumento de fe, esperanza y caridad, y toda alegría interna que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud del alma, aquietándola y pacificándola en su Criador y Señor»*. Como esta moción interior la causa generalmente el ángel bueno, el tiempo de consolación espiritual suele ser un momento privilegiado de recibir luces y gracias de Dios, y de seguridad de que hay que